

3ª DÉCADA

1836-1845
21 a 30 años

Encuadre histórico

A partir de 1831 se ha estado encubando el movimiento que hará dar un vuelco a la organización política y a las formas de gobierno tradicionales, tan defendidas por la “restauración”. Empieza el “Risorgimento”, empujado por varios movimientos entre los que destacan “la Joven Italia” de José Mazzini (1831), y el “Neogüelfismo” de César Balbo y Vicente Gioberti (1842). Todos piden una Constitución, la Independencia y la Unidad de Italia, pero no todos coinciden en el método para lograrlo, ni en el sistema de gobierno (república o monarquía). Se está preparando el estallido revolucionario de 1848.

En la Iglesia ha sido elegido Papa el cardenal Bartolomé (Mauro) Cappellari, camaldulense, erudito hombre de estudios, muy piadoso, trabajador, austero y prudente. Tomará el nombre de Gregorio XVI y mantendrá la política restauradora de sus predecesores inmediatos, incapaz de dialogar ni de entender al mundo nuevo que estaba gestándose. Es una época de condenas y rechazos a las novedades que surgían empujadas por las ideas de la revolución francesa (Encíclica ‘Mirari vos’). Cuando muere pide que le depositen en una jergón en el suelo diciendo “voglio morir da frate, non da sovrano”.

El seminario de Chieri ha sido abierto por el arzobispo de Turín Colombano Chiaverotti en 1829, como una alternativa al de la capital, donde se recrudecían las disputas entre los defensores de diversas tendencias en teología moral, rigorismo (probabiliorismo) y benignismo.

Don Bosco.

a. En el Seminario.

Pasará 6 años en el seminario de Chieri, 2 de filosofía y 4 de teología (tenían que haber sido 5, pero recuperó uno durante las vacaciones de 3° estudiando los tratados del 4°, porque ya se sentía pasado de edad y porque temía morir antes de ser ordenado) en un esfuerzo ascético por cincelar en su persona, de por sí espontánea, las virtudes tradicionales de un buen eclesiástico. Se aleja de los muchachos. Al terminar dice que le dolió mucho dejar ese lugar bendito en que había vivido tantas cosas buenas, pero luego deja ver cierta insatisfacción por las actitudes de los superiores, siempre lejanos, por el tipo de estudios más bien especulativos, y por ciertos hechos escandalosos de algunos seminaristas que habían ingresado sin verdadera vocación. Es ordenado el 5 de junio de 1841. Tenía 26 años.

b. Ordenación sacerdotal y Convitto

Ordenado don Bosco, pronto encuentra varias ofertas de trabajo y decide consultar al padre José Cafasso, que era su guía tanto en lo espiritual como en lo temporal. La respuesta inmediata fue: “usted tiene necesidad de estudiar la teología moral y la predicación; no piense en otras propuestas y véngase al Convitto”. El Convitto era una institución fundada y sostenida desde 1818 por el teólogo Luis Guala, párroco de San Francisco de Asís, que tenía al lado un antiguo convento franciscano, usado como residencia para los sacerdotes que deseaban perfeccionar su capacitación en la pastoral y en teología moral de acuerdo a las enseñanzas de San Alfonso María de Liguori. Don Bosco sintetiza su opinión de esa institución con esta frase: “allí se aprendía a ser sacerdote”. Además del director, padre Luis Guala, colaboran en esa institución el padre José Cafasso (1811-1860) y el teólogo Félix Golzio. Ejemplares sacerdotes todos, los últimos dos serán confesores de don Bosco. Bajo la dirección de don Cafasso que lo lleva a atender a los jóvenes de las cárceles, y según las orientaciones que iba aprendiendo en las conferencias de Moral, don Bosco encuentra la vocación definitiva de su vida: “si estos chicos allá afuera tuvieran un amigo que se interesara por su bien, los acompañara y los instruyera en la religión durante los días festivos, ¿no se reduciría el número de los que vuelven a la cárcel?

Comunicó esta idea a don Cafasso y se puso en las manos de Dios.

c. El Refugio y Oratorio ambulante.

Después de tres años, ya con permiso para confesar, es destinado, sorpresivamente, al Refugio de la marquesa Barolo, para trabajar con niñas pobres. Allí dedica el Oratorio a S.F. de Sales y así será su nombre en

adelante. Lo que a primera vista parecería un absurdo, en los planes de Dios se convirtió en la ruta que lo llevaría a dedicarse totalmente a aquel grupo de chicos abandonados y en peligro que había nacido a raíz del encuentro con Bartolomé Garelli, en aquel memorable 8 de diciembre de 1841. Durante tres años los reúne los fines de semana en la sacristía, en el coro, en una capillita lateral, en un patiecito estrecho junto a la sacristía. Era una acción muy personal, con ayuda esporádica de los sacerdotes del Convitto. En el Refugio tiene otros sacerdotes con los cuales convive y que le dan la mano en forma más constante, el padre Pacchiotti y el padre Borel.

Pero después de pocos meses surgen las dificultades con la marquesa Barolo, que con toda razón, encuentra inconveniente que los chicos callejeros del Oratorio se reúnan en espacios muy cercanos al de sus chicas, de problemática personal muy parecida. Don Bosco resiste frontalmente ante la orden de dejar a sus chicos, y es despedido... y esto será una bendición para sus chicos, porque desde ese momento será totalmente para ellos.

Hasta el momento se habían reunido en una callecita al lado del Refugio, pero a partir de mayo 1845 empezará un peregrinar conocido como época del “Oratorio ambulante”, que los hará pasar por un cementerio ya fuera de función, por la plaza y capilla de San Martín de los Molinos allí cercana, por una casa del padre Moretta durante el invierno, y finalmente por los prados de unos hermanos apellidados Filippi.

En esos meses se le van presentando varias dificultades que deberían haberlo desanimado, si no hubiera tenido un “grande corazón de padre”, que no le permitió abandonar a esos hijos que sólo le tenían a él.

Primeramente se enfrenta a las autoridades que desconfían de un sacerdote que reúne chicos peligrosos y le catalogan a él como “peligroso, subversivo, revolucionario”. El jefe del orden público marqués Miguel Benso di Cavour, le conmina a suspender esa actividad: “suelte a la buena de Dios a esos sinvergüenzas que sólo causarán problemas a todos”. Don Bosco se defiende y defiende a sus chicos. La segunda dificultad le viene de los párrocos de la ciudad (12 parroquias) que lo acusan de “robarles” a sus feligreses jóvenes; y don Bosco les mostrará que sus chicos no saben de párrocos ni de parroquias, ni siquiera hablan el idioma del lugar, y les propone que cada párroco abra un Oratorio para ese tipo de chicos. Ellos reflexionan y acaban por aprobar lo que ese cura joven hace, puesto que ellos no son capaces de hacerlo.

Tercera dificultad y muy grave, es que se va abriendo paso, sobre todo entre sus amigos cercanos como el padre Borel, la convicción de don Bosco se ha vuelto loco, pues habla de patios, aulas, iglesias... como si ya los viera

enfrente y por eso se niega a desistir en su acción. Lo quieren meter al manicomio allí cercano, pero los deja con un palmo de narices.

Hasta que, una tarde de domingo del mes de abril, pidiendo en oración a Dios que le señalara dónde debería reunir definitivamente a sus hijos, se le acerca un señor llamado Pancracio Soave... ¡había llegado a la tierra prometida!.